

III. El beso que no pudo dar.

En las mejillas de la vida, rosas,
puso la muerte su caricia pálida;
¡yo la ví: tras la cera de la muerte
fulguraba la luz de la otra vida.
¡Qué hermosa estaba! como si la luna,
con cuerpo de mujer, hubiera muerto.
En su boca plegada dulcemente
quedaba un beso todavía, era
el beso que guardó para los hijos
que no pudo besar *aquella noche*.
Y muerta ya, pensaba en conservarlo,
así, a flor de labio, hasta aquel día
en que *allá* se encontraran nuevamente,
para depositarlo entre los labios
que no pudo besar *aquella noche*.